

El taxonomista en acción

Francesco Pecoraro prosigue con la revisión personal antropológica de su tiempo en *La avenida*, otra colosal novela sobre el desencanto

POR LUIS M. ALONSO

■ No es que Francesco Pecoraro (Roma, 1945) se haya embarcado en la aventura de la gran novela italiana para dejar el proyecto simplemente a medias. Arquitecto y urbanista, su incursión en la literatura es tardía -cuando lo hizo ya había cumplido sesenta años-, pero no parece querer dejar su proyecto a medias. Después de *La vida en tiempo de paz*, Periferia publica ahora *La avenida*, otra colosal empresa narrativa, un segundo fresco de más de quinientas páginas de su revisión antropológica personal de nuestro tiempo, en la que el protagonista desencantado cuenta en primera persona algunos puntos cruciales de su existencia: el fracaso de las ambiciones académicas juveniles; su militancia política, igualmente frustrante; el compromiso con el sistema de



FRANCESCO PECORARO
La avenida
Traducción de Paula Caballero y Carmen Torres Periferia, 530 páginas
24 euros

corrupción imperante en la década de 1980 («eran años difíciles como todos los años del mundo» pag.189) y el consiguiente período de prisión; una jubilación anticipada y la antecámara de la muerte civil. Para hacerlo usa solo una fracción del libro, la mayor parte de él está dedicada, como ocurría en su anterior novela, al fruto de la observación del mundo, incluyendo la vida cotidiana más ordinaria y los reflejos que genera.

El autor de *La avenida* es capaz de extraer lecturas esclarecedoras sobre los fenómenos sociales, los procesos psicológicos y las orientaciones culturales a partir de la descripción de detalles que muchos considerarían nimios, del tejido urbano del barrio -el protagonista, al igual que Pecoraro, es arquitecto-, de las grandes cadenas de supermercados, de las pequeñas tiendas multiétnicas y del deterioro de los edificios. Intenta racionalizarlo todo, evitando cualquier reacción emocional. Al enfrentarse al mundo se convierte además en un taxonomista, si algún detalle, por pequeño que sea, merece ser analizado no se priva de hacerlo. La gran literatura está en los pequeños detalles, parece querer darle la razón a Nabokov.

Aspirante a historiador del arte retirado de la administración pública,

el actor principal y narrador lo observa todo desde el edificio en que reside. La ciudad narrada se parece a Roma. Digamos que es Roma, aunque la haya rebautizado como Ciudad de Dios. El mismo protagonista se encarga de reconstruir su historia en Valle Aurelia, un barrio obrero donde, desde mediados del siglo pa-

sado, se fabricaron ladrillos y que fue visitado por Lenin en 1908. La solidaridad comunitaria ha sido reemplazada por los asentamientos ilegales de los parias de la tierra y una especie de modelo de vegetación espontánea. Las transformaciones son observadas con ojo crítico y mucho pesar. En este panorama desolador, el único lugar donde per-

siste alguna forma de humanidad es el Porcacci, un bar de barrio donde la gente todavía conversa; la novela intercala extractos de esas conversaciones en el dialecto local, y el lenguaje se convierte en uno de los dos eslabones que unen a la vecindad. El otro es el equipo de fútbol. En realidad es lo que queda de la vida humanizada después de que la arquitectura y el urbanismo hayan fracasado estrepitosamente. El propio protagonista y narrador es incapaz de reconocerse en lo que le rodea, confiesa que vive en el borde de la no ciudad donde suceden cosas propias de otras épocas y de otros lugares salvajes o semisalvajes de remotos continentes.

El epílogo de *La avenida* es un recordatorio final de la

amargura y de la impotencia en esta nueva novela de Pecoraro, lúcida y descriptiva de los males que aquejan a los barrios cuando estos son sepultados por el desarrollismo de rostro feroz, camino de un futuro incierto y anclados en un presente inexplicable. El autor se expresa de forma cruda, sin tapujos, en ocasiones sin piedad, recurriendo muchas veces, como hacía Gadda, a la fusión de los sustantivos para otorgar mayor poder a las palabras. Pecoraro obtuvo con *La avenida*, en italiano *Lo stradone*, el premio Selezione Campiello, en 2019, y un nuevo reconocimiento por su aportación a la novela moderna, ese edificio de volumetría dispar que en su día levantaron Dos Passos, con *Manhattan Transfer*, o Döblin con *Berlin Alexanderplatz*, por poner solo dos ejemplos.



DOMINGO
28 DE NOVIEMBRE DE 2021

libros | 33

Aprendiendo a «escribir»

Gonzalo Moure ofrece en *Por qué llora la maestra* una extraordinaria guía para los jóvenes escritores

POR TINO PERTIERRA

■ Gonzalo Moure se pregunta: «Por qué llora la maestra». Buena pregunta. Y explica de qué va su libro: «Carta larga para ti, que quieres escribir». Leamos: «Queremos escribir es ser humano, en toda su profundidad». Somos los únicos seres vivos en la tierra que pueden contar lo que han visto o imaginado. «Deberíamos ser llamados Homo dicens, hombre que cuenta». Lo que nos hace únicos es «la capacidad de contar». Y a las nuevas generaciones (esas que leyeron y leen arrebatados las novelas de Moure) les dice: «Siento una enorme curiosidad por saber qué escribirá tu generación, qué escribirás tú». Buenas noticias: «Si escribes, ya no necesitas atravesar la barrera de las editoriales para ser leído; te basta con abrir un blog (...) La literatura se está democratizando, ya se ha rebelado, y, si el siglo XX fue el siglo de la lectura, el siglo XXI será, ya lo está siendo, el siglo de la escritura».

No pretende Moure dar una fórmula a los jóvenes autores porque «escribir no es como cocinar. Yo no te puedo dar esa receta, porque no sé qué ingredientes vas a usar, qué ingredientes puedes usar, ni qué condimentos puedes añadirle. Eso es cosa tuya».

Las grandes preguntas son el qué y el cómo. Y para llegar a ellas hay que empezar por «la mirada (tu mirada)». ¿Qué escribes? «La respuesta no está dentro de la página en blanco, por más que la mires, sino dentro de ti. Y fuera. En la vida». Escribe «de lo que hay a tu alrededor, y de todo lo nuevo que encuentres, lo sorprendente, lo misterioso, lo que todavía está por descubrir». Ojo: «Tú eres diferente; todos lo somos (...) Esa visión tuya es única, y es lo que nos tienes que contar».

«Mirar o escuchar, ver, emocionarse, contarlo. Traspasar la emoción al lector». Eso es escribir. Advertencia: «La imaginación es una herramienta tan solo y está por debajo de la de ver y escuchar, la de captar cosas importantes de la vida. A veces un detalle dice mucho más que la fotografía completa y minuciosa».

Pero hay más herramientas útiles: «Los puntos, las comas, el punto y coma, todos los signos de puntuación, son la respiración de la literatura. En realidad, la literatura es la transcripción de la palabra oral. Si estás contando algo en voz alta, puntúas sin usar signos, con pausas e inflexiones, a veces mínimas».

Un sabio consejo: «Confiar en el lector. Como un iceberg, en el que lo que se ve es lo que se lee, pero lo que está debajo es del que lo lee. Por eso, es imprescindible que tú, al escribir, conozcas la parte oculta del iceberg (...) Lo que tienes que conseguir (con el lector) es complicidad».

No te dejes sobornar. Atrévete a quitar. Fracasa. Salta a la cancha de la diversión. En una palabra: «escribir». Porque es de tu experiencia, «de tu mirada y de tu memoria, de lo que, en el fondo del relato, debes escribir». Y no hay mejor guía para ese fascinante viaje que Gonzalo Moure.



GONZALO MOURE
Por qué llora la maestra
Kalandraka, 14 euros,
104 páginas